

257. EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ

(L. 22, 39-46; Mc. 14, 32-42; Mt. 26, 36-46)

Pasado el Cedrón, y caminando un poco más, llegaron a una granja llamada Getsemaní o *lagar de aceite*, acaso porque lo era, en la cual había un huerto, plantado de olivos. Aun nos quedan ocho venerables árboles de aquellos que en el huerto fueron testigos de la agonía más grande, de la traición más sacrílega, de la prisión más inicua que se ha visto en la tierra. Junto al jardín, a poca distancia, había una gruta natural, que también se conserva hoy día, donde según fidedignas tradiciones estuvo Jesús en oración esta noche.

O de Lázaro, como creen algunos, o de la familia de Marcos, o de otro conocido de Jesús, tanto el jardín como toda la granja estaban siempre abiertos a Jesús, que entraba allí como en su casa.

Llegaron, pues, fatigados y cargados de sueño al jardín. Entraron todos, y casi a la entrada dijo el Maestro a sus discípulos:

«—Sentaos aquí mientras yo voy allá y oro».

A Pedro, Santiago y Juan les mandó venir consigo. Empezaba ya la separación. Jesús, dice el Evangelio, comenzó a estar triste, a temblar, a sentir pavor, a llenarse de tedio; que todas estas palabras usan los evangelistas.

Y como solemos hacer cuando estamos tristes, comenzó a buscar la soledad y fué metiendo a paso lento con sus tres más íntimos discípulos por entre los olivos. Caminaban en silencio los cuatro, cuando el Señor, Dios verdadero, pero hombre también no menos verdadero, sin poder contener la profunda tristeza de que estaba rodeado y, según la enérgica palabra de la Escritura, compenetrado, dijo a sus tres carísimos apóstoles a quella confesión y confianza, que más parece propia de un hombre miserable, que de un Dios poderoso:

«—Mi alma está triste hasta la muerte».

Misterio asombroso y estupendo. ¡Dios está tan triste, que moriría por la tristeza! ¡Dios siente tedio, y pavor, y hastío y tristeza, y se lo dice a sus discípulos, como deci-

mos nosotros a nuestros íntimos nuestros dolores cuando buscamos consuelo!

No sé lo que sentirían aquellos apóstoles que habían visto en el Tabor la gloria del Unigénito; pero de seguro que debieron hondamente conmoverse. Tal vez querían consolarle. Pero ¿cómo iban ellos a consolar a su Dios? y de qué le iban a consolar, si no sabían porqué era aquella tristeza, ni la parte que de ella les había de tocar, en los vagos pronósticos que hacía tiempo y sobre todo aquella noche les había venido diciendo?

Misterio asombroso y estupendo, no solo para aquellos discípulos entonces, sino siempre para el entendimiento humano de todos los sabios, por penetrante y mística que haya sido su mirada. Nada más incomprendible al espíritu humano que los desmayos, los abatimientos, los pavores y tristezas de Dios. Contentémonos con narrarlos, contemplarlos y saberlos. No nos empeñemos vanamente en explicarlos. El abismo es tan hondo que no llega al fondo ni mucho menos la más aguda vista. Contentémonos con asomarnos a él, y ver su negrura inmensa e inexplorable.

Muchos y terribles motivos tenía para entristecerse. En primer lugar venía allí cansado de cuanto había hecho, dicho y, sobre todo, sentido aquella noche en la augustísima cena tan llena de misterios y de afectos de hondísima caridad. La espantosa despedida del apóstol traidor que había salido a venderle, la dulcísima de sus apóstoles a quienes, hijuelos de su alma, amigos, compañeros en sus tribulaciones, tantas y tan dulces palabras había dicho; la despedida también de su Madre para ir a padecer y las palabras sin palabras con que por última le recordaría lo que él y lo que ella con él tenían que padecer en aquella hora, para redimir al género humano, todo esto tendría sin duda cansado y fatigado su corazón.

Esto mirando atrás, pero mirando adelante presentábase ante sus ojos el espectáculo terrible, por todas partes por donde se le mirase, de la pasión: aquella, a los ojos humanos, horrible derrota que había de sufrir de parte de sus más implacables y aborrecidos enemigos, los judíos, los sacerdotes, escribas y fariseos, con tanto dolor en el cuerpo, y sobre todo con tanta ignominia en el alma. Porque

llegaba ya la hora en que había de decir lo del salmo 20: Me han rodeado muchos novillos, y poderosos toros me han acosado. Han abierto contra mí sus fauces como león que ruge y hace presa. Y lo del salmo 141: Me volví a mi derecha y miré, y no hallé quién me reconociese. Desapareció para mí todo escape, y no hay quien salve mi vida. Y lo del salmo 68: He caído en la profundidad del mar, y la tempestad me ha sumergido. Y lo de otros muchos salmos terribles y dolorosos que de él estaban escritos para esta hora.

Vió en un punto reunido cuanto ya tenía que padecer en las próximas doce horas, y allá en el fondo de todo alzada la ignominiosa cruz, fin de tantos tormentos. Vió lo mal que se lo íbamos a agradecer, y cómo a pesar de tanto trabajo suyo, nosotros abusando de nuestra libertad habíamos de pecar, y muchos ¡ay! hasta condenarse; vió las persecuciones sacrílegas que habían de levantarse contra su Iglesia y su Evangelio; vió, en fin, y oyó los innumerables insultos y blasfemias que contra él habían de pronunciarse en todos los siglos, comenzando desde aquella noche... Y su Corazón se llenó de horrible angustia que lo rodeaba y empapaba de tedio y de pavor hasta lo más profundo del alma.

También le debió causar honda tristeza el verse como vestido ante la Justicia divina de nuestros pecados, de los cuales se había hecho fiador y víctima responsable, apareciendo, como dice Hojeda en su poema, vestido de aquella horrible ropa tejida de todos los siete pecados capitales, con todos los crímenes y culpas cometidas en todos los siglos por todo el género humano.

En fin, concluyamos esta digresión con aquellas preciosas palabras de San Ambrosio: «Tomó Jesús mi tristeza para darme su alegría, y por mis pasos y caminos bajó hasta la tristeza de la muerte, para que yo por sus pasos y caminos fuese llevado a la vida».

Dijo, pues, llegando al medio del huerto:

«—Mi alma está triste hasta la muerte».

Callaron todos, y Jesús resuelto a pasar a su oración, añadió:

«—Quedaos aquí, y velad conmigo. Orad para que no caigáis en tentación».

«Y se arrancó de ellos (así dice el Evangelio, indicándonos lo que debió costarle aquella separación en medio de su angustia) y adelantándose como un tiro de piedra, dobló sus rodillas, postró su faz hasta el suelo, y empezó a orar».

Probablemente el sitio en que estaba orando era una gruta que hoy todavía se venera junto al jardín.

«Y dijo:—Padre mío, si es posible pase de mí ese cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

La agonía era terrible, el dolor era espantoso, el desconsuelo mortal. Entonces «apareciósele un ángel del cielo, que le confortaba».

¡Misterio también insondable! ¡Cómo un ángel confortó al Rey de los ángeles? adónde había descendido el Hijo de Dios, que hubiese de recibir confortamiento de una criatura?

Mas la agonía duraba con todo eso, y «el Señor puesto en ella oraba con más instancia, que, si era posible, pasase de él aquella hora. Y decía:

«Padre! todas las cosas son posibles para tí. Pase este cáliz de mí. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú».

¡Nuevo y más espantoso misterio! el Hijo está orando al Padre, y orando con oración instante y amorosa, y el Padre no accede a su súplica. Y sigue rogando el Hijo, pidiendo una y otra vez por espacio de una hora, que le permita redimirnos de otro modo más suave, y que le libre de tantas penas... y el Padre no le quiere atender! Le manda un ángel que le conforte, pero no aparta el cáliz de su mano.

El Hijo sigue orando, diciendo siempre las mismas palabras, y la aflicción aumenta, y la angustia se convierte en agonía, y los miembros del afligido Señor se estremecen de pavor, y se acelera el movimiento del corazón, y se apresura la circulación de la sangre que se agolpa en las venas, hasta que, en fin, prolongándose aquel combate y agonía entre el horror y la conformidad y el amor y el dolor, y la vergüenza y el miedo, rompe la sangre por todos los poros de su cuerpo, y comienza aquel divino Señor nuestro a sudar espesos grumos de sangre roja, que bañan todo su cuerpo y mojan sus vestidos hasta regar la tierra, como dice San Lucas.

«Se le formó un sudor como de grumos de sangre que corrían hasta la tierra».

Milagro, fenómeno natural, ó lo que sea, este sudor que así nos refiere el Evangelista San Lucas, que era médico, y ponía más advertencia a estas cosas, que otros, bien nos declara la extrema angustia a que en aquella agonía se redujo el Señor.

Bastaba ya de sufrir, y el Maestro buscaba el consuelo y compañía de sus tres amados. «Levantándose de la oración, vino a sus discípulos, mas los halló durmiendo por la tristeza. Y dijo a Pedro:

«—Simón, duermes? Con que no habéis podido velar una hora conmigo? Levantaos, velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu está pronto, más la carne es débil».

Era natural aquel sueño. La fatiga, la prolongada tristeza, la soledad oscura, todo les inclinaba al sueño. Debían haber orado con el Maestro. Y comenzaron a orar con él; y le vieron adelantarse y arrodillarse y postrarse en tierra; y oyeron sus oraciones. Mas, prolongándose la oración, uno tras otro fueron quedándose dormidos. ¡Nuestra carne es tan débil!

El Maestro se dirige especialmente a Simón, porque Simón había sido quien más había alardeado de fidelidad al Maestro. Buen contraste formaba con su promesa aquella debilidad!

«Y aún de nuevo, se fué a orar por segunda vez, diciendo las mismas palabras:

«—Padre mío, si no puede pasar este cáliz de mí, sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

Las mismas palabras dice el Evangelio que decía, y en sustancia las mismas eran. Pero en ellas adviértese ya más que el deseo de librarse del cáliz la conformidad. Propiamente no pide ya que se lo quiten; sino dando por supuesto que ya no se lo va a quitar el Padre, le pide que se haga su voluntad.

«Y volvió otra vez, y halló de nuevo a sus discípulos durmiendo, porque sus ojos estaban entumecidos, y no sabían qué excusa darle».

No se la pidió el Señor, ni, padre compasivo, les dijo esta vez nada.

«Y dejándoles, de nuevo volvióse y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras».

Y terminó su oración. Aunque no había obtenido nada, levantóse de ella más animoso y más resuelto. Volvió de nuevo a sus discípulos. Venía fatigado, sudoroso, mezclado en sus cabellos y regia frente el polvo de la tierra con la sangre del sudor, manchada la vestidura con grumos sanguinolentos que quedaban en ella después de la agonía; pero sereno, repuesto, y en su habitual manera. Los discípulos seguían durmiendo. Su sueño los había dominado por completo. Púsose a su lado el Maestro, y dándoles licencia ya para dormir un poco, y acaso para esperar el suceso que él preveía claramente, les dijo bondadoso:

«—Dormid ya, y descansad».

Y probablemente siguieron ellos durmiendo tanto más descansados, cuanto ya el mismo Maestro había concluido su oración, y les daba licencia de dormir. Dormir, no pensar, no discurrir lo que les amenazaba, y les podría acontecer, era para ellos lo mejor en aquel tiempo lleno de nieblas de incertidumbres.

El Maestro seguía velando, y sin duda, no solo con su vista divina sino también con su mirada humana, pudo ver y oír como por la misma cuesta del otro lado del Cedrón, por donde ellos habían bajado, resplandecían luces, y bajaban con cautela soldados y ministros, y conducidos por uno que no lo era, venían acercándose al huerto, sin vacilar ni detenerse. Ya el resplandor de la luz que los conducía estaba cerca, y el murmullo de las apagadas voces, y el chocarse involuntario de las armas, y el tropezar de los pasos, llegaba a los oídos.

Los discípulos que estaban a la puerta, o probablemente dormían, o si alguno estaba despierto, vió todos aquellos movimientos, más bien con curiosidad de saber quién caminaba a aquellas horas hacia el Olivete, que con recelo de ninguna clase.

Cuando se acercaron y el resplandor de las luces brilló entre las ramas del huerto, y la gente estaba tan cerca que casi llegaba a su lado, dijo Jesús a los apóstoles que aún dormían:

«—Basta. Llega ya la hora: ya el Hijo del hombre va a

ser entregado en manos de pecadores. ¡Despertad! vamos! ya está ahí el que me va a entregar!»

«Aún estaba él hablando, cuando llegó Judas allá».

Despertaron sobrecogidos los Apóstoles y se encontraron con un espectáculo que los llenó de turbación y espanto.

258. LA PRISIÓN DEL SEÑOR

(J. 18, 3-10; L. 22, 47-54; Mc. 14, 43-51; Mt. 26, 47-56.)

¡Vino Judas! ¿Dónde había estado en todo este tiempo, desde que salió de la cena, el avieso discípulo?

Desconcertado por las revelaciones que había comenzado a hacer el Maestro durante la cena, receloso de que el Señor revelase del todo lo que ya bastante claro había indicado, resuelto a acabar cuanto antes lo que cuanto más durase más le comprometía, aunque tal vez no había antes resuelto entregarle aquella misma noche, se decidió a terminar de una vez su árdua empresa. Y como no había tiempo que perder, hizo en verdad lo que el Maestro le había dicho: «Lo que haces hazlo pronto». Palabras con que acaso el Salvador, que conocía sus pensamientos, le hablaba al que en aquel momento tenía en su cabeza. Vacilaba acaso Judas entonces si entregarle o no aquella noche; y el Señor le venía a decir: Sí, hombre, lo que estás pensando, lo que has de hacer, ya que lo has de hacer, hazlo pronto. Y a hacerlo pronto salió, cuando ya había anochecido.

Del cenáculo fue a los magistrados del Sanhedrín, y propúsoles su plan de ir aquella misma noche a Getsemani a la hora en que él sabía que iría el Maestro con sus discípulos, y prenderle allí.

Los Magistrados dieron por buena su proposición, juntaron sus ministros que tenían para guarda y defensa del templo y otras acciones, como los tuvieron para guardar el sepulcro de Jesús, según después veremos. Y desconociendo de lo que pudiera acontecer, temiendo que los apóstoles y discípulos que estuvieran con el Nazareno le defendiesen, o que las turbas, sobre todo de Galilea, llamadas en su auxilio por su Profeta acorriesen, o que el mismo Cristo con su extraordinario poder los rechazase, y aun

también, (porque de los traidores nadie debe fiarse) que el mismo Judas los llevase engañados, obtuvieron que viniese con ellos la cohorte, la compañía que guardaba la Torre Antonia, que adosada al flanco septentrional del templo, dominaba por completo el templo y la ciudad, para que el poder romano estuviese sobre toda ella.

No es creíble que fuese toda la cohorte, y algo de ella quedaría custodiando la torre. No se sabe cómo obtuvieron el permiso de Pilatos, ni aun si lo necesitaban para estos casos imprevistos. Pero sea como quiera, a la dirección de Judas se pusieron la compañía de soldados romanos, para auxiliar, si fuese necesario, los ministros armados que tenía el Sanhedrín, otros valientes que quisieron con ellos juntarse, y venían armados de palos, y en fin, para dar autoridad y presenciar la captura, algunos de los mismos pontífices y magistrados.

Traían linternas y haces para alumbrarse, pues, aunque había luna, el bosque ofrecía mucho escondite y oscuridad. Tomaron probablemente el mismo camino que Jesús había traído, y quien, como él, estaba despierto pudo perfectamente verlos bajar por la cuesta de enfrente, y pasar el puente, y acercarse, y aun escuchar sus cautelosas voces y órdenes, y el ruido inevitable de los pasos y de las armas.

Cuando ya se acercaron al huerto, el traidor se destacó de todos y se adelantó a la turba. Mas antes de adelantarse les volvió a repetir la señal para conocerle y a dar las instrucciones para cogerle. Porque les dijo:

«—Aquel a quien yo dé un beso, ese es. Cogedle y llevadle con cuidado».

Y apresuró el paso, para que no pareciese venir con ellos.

Por eso aún dormían los apóstoles, cuando llegó el traidor, sin despertarlos, porque aún venía él solo. Y fué preciso que el Salvador los despertase e hiciese ver lo que ellos no advertían.

«—Basta ya, les dijo, despertad, ¡vamos! que ya está cerca el que me va a entregar».

«Y cuando aún estaba Jesús hablando, llegó Judas Iscariote, uno de los doce, y acercándose a su Maestro, le dijo: ¡Salve Maestro! y le besó».

Y por cierto, dice el Evangelista «le besó cariñosamen-

te». ¡Qué horror causa imaginar reunidas aquellas dos cabezas, aquella mejilla divina y aquella boca infernal!

No apartó Jesús su rostro de los inmundos labios del judío y recibió el beso infame con humildad y mansedumbre admirable, y, sacando de su buen corazón la palabra más delicada para aquella ocasión, le dijo con serena y dulce ironía:

«—Amigo, ¿a qué has venido? con un beso entregas al Hijo del hombre?»

Y cuántas cosas se encerraban en estas palabras! Preciosamente las entendió el P. La Palma que así las explica: «Amigo, no porque lo eres, sino porque lo has sido; y por haberlo sido es mayor la injuria que me haces, y más vivo el sentimiento y dolor que me causas: *Quia si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique*, etc. Porque si fuese mi enemigo el que me maldice, lo toleraría... (Ps. LIV, 13). Amigo, que lo has sido y lo debías ser, y por lo que a mí me toca lo puedes ser de aquí en adelante, que yo estoy dispuesto a serlo tuyo. Amigo, no porque tienes gana de mi amistad, ni porque tus obras merezcan este nombre, sino porque lo pide mi amor y las obras que yo hago contigo como si lo fueses. Pues, amigo, ¿qué intento es este que traes, y qué empresa es esta a que has venido?»

Cuando esto decía Jesús, aún no estaban allí los ministros. Judas no supo qué responder, ni pudo disimular, o tal vez temió a sus discípulos, y por una o por otra parte escurrióse a su gente. En cuanto a Jesús, repuesto ya de sus anteriores tristezas y pavores, presentóse majestuoso y sereno como quien era, como quien sabía lo que le iba a suceder, como quien iba a la muerte porque quería, y había de dar la vida porque quería también. Dice San Juan:

«Jesús, pues, sabiendo todo lo que iba a suceder sobre él, se adelantó y dijo:—¿A quién buscáis?»

»Y ellos dijeron:—A Jesús Nazareno.

»Díjoles Jesús:—Yo soy.

»En cuanto dijo, pues, yo soy, echáronse para atrás y cayeron en tierra.

»De nuevo les preguntó Jesús:—¿A quién buscáis?»

»Y ellos dijeron:—A Jesús Nazareno.

»Respondió Jesús:—Os he dicho que yo soy. Si, pues, a mí me buscáis, dejad que estos se vayan.

»Para que se cumpliese la palabra que había dicho: Los que me diste, no he perdido a ninguno de ellos.

»Entonces se acercaron y echaron mano de Jesús».

Sublime debió de ser la escena. Según parece, o turbados o por haberse anticipado Judas demasiado y haberle cortado el Señor con su palabra reveladora, los ministros no conocieron bien en la oscuridad, que a pesar de las lanternas habría, quién era el Nazareno. Además sea poder sobrenatural del Señor, sea terror natural que les infundió, parece que todos estaban desconcertados, temiendo tal vez alguno de aquellos prodigios que podía hacer el que resucitó a Lázaro y calmó la tempestad del mar. De todos modos bastó la voz de Jesús para derrotar a sus enemigos, y darles a entender cuán fácilmente los podía deshacer si quisiese. ¿Qué hará, dice aquí el P. La Palma, cuando venga a juzgar, el que cuando iba a ser juzgado hizo tal demostración de su virtud y majestad?

Los apóstoles, o animados de suyo, o animados más bien al ver la omnipotencia de su Maestro, pensaron en resistir a aquella tropa, y recordando el coloquio de las espadas en la cena, «viendo los que estaban cerca de él, lo que iba a venir, le dijeron:—Señor, ¿heriremos con la espada?»

Simón Pedro era sin duda uno de los que estaban más cerca de Jesús, y acaso uno de los que le hicieron la pregunta. Solo que él no aguardó la respuesta, sino que impetuoso y vehemente como era, creyendo llegada la hora en que debía probar la fidelidad tan confiadamente jurada a su Maestro, «extendió su mano, desenvainó su espada, y dando un golpe a un siervo del Principe de los sacerdotes le cortó la oreja derecha. Malco se llamaba este siervo».

«Entonces Jesús dijo:—Dejad aún eso.

»Y volviéndose a Pedro le dijo:—Mete tu espada en la vaina; porque todos los que gasten espada morirán a espada. ¿Acaso piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me mandará al punto más que doce legiones de ángeles? Pero cómo se cumplirán las Escrituras de que esto ha de suceder? El cáliz que me ha dado mi Padre no lo voy a beber?»

Dicho general era que quien usaba espada, moriría a

espada. Y de él se valió Jesús en esta ocasión. Por qué llevaba Pedro espada no lo saben bien los expositores. Pero ya recordaremos, que cuando Jesús, aunque en sentido figurado les habló de tomar espada, le dijeron: «aquí tenemos dos». Y una de ellas sería la de Pedro, que tenía vaina y todo.

Y no contento con decir aquellas palabras para amansar a Pedro, acercóse el Señor al herido, tocóle la oreja y dejóle sano. Bueno como siempre, y como siempre omnipotente, además de su gran caridad en curar a uno de sus enemigos, cuando venía a prenderle, mostró su discreta prudencia. Porque de no haber cohibido públicamente a Pedro, y de no haber sanado a Malco, pudieran algunos después haberle acusado de esta agresión. Y Cristo quería quitarles todo pretexto de acusación fundada.

Terminado este incidente, volvióse a los que habían venido contra él, afrontó a los príncipes de los sacerdotes, magistrados del templo y ancianos que habían venido, y les dijo con severa ironía:

«—Como a un ladrón habéis venido con espadas y palos a prenderme. Cuando estaba cada día en el templo enseñando, no me echasteis mano ni me prendisteis. Pero para que se cumplan las escrituras de los profetas, esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas».

Estas palabras marcaban el momento de la mayor mudanza de la vida del Mesías. Empezaba ya la pasión y el sacrificio. El Cordero de Dios iba a quitar los pecados del mundo. Y resuelto a sacrificarse, dejó ya su omnipotencia, y repitiendo en su corazón: «Hágase tu voluntad y no la mía», cerró sus ojos, bajó la cabeza, y sin hablar palabra metióse por nosotros en aquel mar de tormentos, *veni in altitudinem maris*, y ola tras ola recibió sobre sí toda la tormenta que habían levantado nuestros pecados, llena de espuma de improperios, de empujones, de blasfemias, de azotes, de bofetadas y de muerte.

«La cohorte y el tribuno y los ministros de los judíos apresaron a Jesús, y lo ataron, y lo llevaron a casa del Príncipe de los Sacerdotes.

»Entonces todos sus discípulos, abandonándole, huyeron».

Preso el Señor, y mudo como oveja que va al matadero, desanduvo el camino que había traído, y repasando el Cedrón, subió maltratado, arrastrado, insultado y abandonado de todos los suyos, por la cuesta que conducía a la ciudad, oyendo cómo sus perseguidores comentaban los lances de aquella prisión.

Únicamente a cierta distancia, detrás de la tropa, se distinguía un blanco fantasma que los seguía y que debió infundir recelos a los temerosos judíos. ¿Quién sería? Corrieron tras él los ministros, agarráronle, mas él, dejándoles la sábana con que venía arrebujado, salióse de entre las manos desnudo y fué a perderse entre los árboles.

Nadie sabe quién fué. Acaso dicen era Lázaro, o Marcos, que viviendo en Getsemaní, ansioso de ver lo que sucedía, se levantó presuroso de su lecho, echóse el primer vestido que halló y siguió al preso por el camino, por el puente y por la cuesta, hasta que le dieron el susto y por no dejarse prender huyó despavorido sin atreverse a seguir más al Maestro.

Fuera de este que le siguió un poco, más por curiosidad que por fidelidad, ninguno de los suyos le acompañaba.

Aunque sí. Uno iba allí entre los esbirros y ministros enemigos de Cristo, uno de los doce, uno de los que habían comido en su mesa. ¡Judas Iscariote! ¡Oh nombre infame! ¡Oh hombre desventurado! ¡Oh tipo de negra ingratitud! ¡Mejor le hubiera sido no haber nacido!

259. JESÚS ANTE ANÁS

(J. 18, 13, 14; 19-24; L. 22, 53; Mc. 14, 53; Mt. 26, 57)

Con toda cautela, conforme les había aconsejado el traidor, no sin recelo y temor de que se les escapase de las manos, como se les había escapado otras veces que habían querido apedrearle, evitando meter alboroto por temor al pueblo, y con el silencio posible, por lo intempestivo de la hora, llevaron los ministros a Jesús al palacio de Caifás. Allí tenía que ser juzgado delante del Sumo Sacerdote y su Consejo o Sanedrín.

Mas antes de presentarlo a Caifás lo pasaron por ante Anás, suegro suyo. ¿Por qué?

Anás, aunque no era propiamente el Sumo Sacerdote, pues lo era Caifás, y no podía haber más que uno, conservaba sin embargo este título de Sumo Sacerdote, en primer lugar, por haberlo sido. Y así los Evangelistas en otras ocasiones hablan de Sumos Sacerdotes en plural refiriéndose a los que lo han sido. Pero fuera de esto, Anás podía ser especialmente llamado Sumo Sacerdote, porque si no lo era oficialmente y en cuanto a las funciones, éralo en cuanto al prestigio e influencia en el gobierno. Había sido Sumo Sacerdote durante seis o siete años desde el 6 o 7 de Jesucristo hasta el 15 o 16: había sido desposeído del Sacerdocio por imposición de los Romanos, siendo Procurador Valerio Grato; había conservado toda su influencia en el manejo de los negocios, hasta el punto de vincularse puede decirse el pontificado por mucho tiempo en su familia, pues llegó a obtener para cinco de sus hijos el Sumo Sacerdocio, y ahora antes que para ellos lo había obtenido para su complaciente yerno Caifás. Como buen saduceo era muy positivista, amigo de adular a los gentiles, afanoso por lograr riquezas, ducho en obtenerse el favor de los poderosos, y audaz en oprimir y destruir a cuantos le estorbaban el paso. Terrible es el retrato que de él nos hace Josefo.

«Anas, escribe, vió crecer de día en día la estima y favor de sus conciudadanos. Nadie más hábil en el arte de acumular riquezas. Con ellas se granjeaba mediante espléndidos regalos el favor del gobernador imperial y el del Pontífice. Tenía a su servicio gente sin conciencia dispuesta a reunirse con lo más desalmado de la ciudad para atacar a los sacerdotes, aun en el mismo templo, despojarlos de las ofrendas de los fieles, y aun derribarlos a golpes, si oponían resistencia».

Casi es seguro que él y su familia eran los dueños principales del tráfico que se había establecido en el templo, y que Cristo dispersó a latigazos.

Supo de tal modo imponerse y prosperar, que según dice el mismo Josefo se le miraba en su tiempo, como el más dichoso de su nación. Era, puede decirse, el que de parte de los judíos manejaba todos los resortes del Sanedrín, y con él se tenía que contar para todas las cosas. Caifás su yerno más audaz de palabra, acaso por complacer los de-

signios rencorosos de Anás, era mucho menos diplomático que su tai nado suegro. Y es verosímil que toda la urdimbre contra Jesús la tejió, más que ningún otro, el zorro viejo de Judea, que cubierto tras el Sumo Sacerdote y el Sanedrín, manejaba artera y ladinamente a todos sus miembros, que o eran hechura suya o le debían muchos favores o le tenían muchos temores.

A este viejo dice San Juan que llevaron a Jesús antes de presentarlo al tribunal legítimo. La razón debió ser el quererle complacer su yerno, sus hijos, amigos y paniaguados dándole la satisfacción de ver antes que ninguno, aunque no fuese más que para saborear las primicias del triunfo de sus rencores de tres años, al que tantas veces a él y a todos los suyos había reprendido por sus villanías, llamándolos familias de víboras, y aún había expulsado del mercado que en el templo ellos seguramente habían instalado con pretexto de los sacrificios.

Acaso Anás como más anciano y delicado (contaría entonces más de sesenta años) no pensaba asistir a aquel juicio preparatorio que poco después se había de celebrar, como veremos; más antes de retirarse, pues era ya muy avanzada la noche, quiso tener el gusto de saber que había resultado bien la prisión, y que había caído por fin en sus garras el odiado taumaturgo y popular Nazareno. Todo lo estaba temiendo, y quería acostarse tranquilo y seguro.

A él, pues, llevaron ante todo al Salvador. Soltáronle las ataduras y pusieron a Jesús frente al viejo Sacerdote. Puesto el reo en su presencia, Anás, aunque sin jurisdicción, con notable abuso y descortesía, fuera del tribunal, como si él fuese juez, le preguntó con toda la mala intención de que era capaz acerca de sus discípulos y de su doctrina. No le preguntaría, como le habían preguntado otras veces los príncipes y acaso él mismo, si se dignó hacerlo en persona, en las disputas que habían sostenido en el templo con el Maestro; sino con más arrogancia y al menos aparente seguridad, como juez venerando a reo criminal.

Pero mucho más veneranda y augusta fué la respuesta del Señor, que le dijo:

«—Yo he hablado públicamente al mundo; yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde con-

curren todos los judíos, y en oculto no he hablado nada. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a esos que me han oído, lo que les he hablado. He ahí esos que saben lo que he dicho».

Y pronunciando así acaso señaló a los presentes a quienes se refería.

«En diciendo esto uno de los ministros que estaba a su lado dió a Jesús una bofetada (propiamente la palabra del Evangelio significa un bastonazo, un vergazo) diciendo:

»—Así respondes al Pontífice?»

De seguro que no estaría Anás acostumbrado a que se le respondiese con aquella entereza, y los empleados le adularían como se adula a un poderoso cacique de quien se depende. Por eso el alguacil deseando congraciarse con el amo se propasó de aquella manera.

No le pareció a Jesús dejar pasar aquella injuria callando ni dar a entender con su silencio que no tenía respuesta o que por ningún caso faltaba él al respeto debido a todos; y no con cólera, que estuvo mansísimo y dueño de sí como siempre, sino con dignidad y razón, respondió volviéndose al alguacil:

«—Si yo he hablado mal, da testimonio de lo malo. Y si bien, por qué me pegas?»

Y como ni podía dar testimonio de que había mal hablado, ni podía justificar su conducta, parece que el alguacil debió reportarse y contenerse por entonces.

Anás no quiso pasar adelante en el interrogatorio, aunque acaso lo hubiera deseado. Probablemente era entonces la primera vez que hablaba de frente con el Nazareno. De él había oído mucho, contra él había hablado y sobre todo maquinado muchísimo más. De todo lo que hacía Caifás y aun el Sanedrín, era Anás el astuto y calculado instigador. Ahora, aunque tenía preso a Jesús y estaba resuelto a darle la muerte cuanto antes, aunque hubiera deseado cebarse algo más en su víctima y cobrarse de las veces que contra ellos había Jesús hablado ante el pueblo; pero recelaba y temía enredarse y quedar desairado por las atinadas y contundentes réplicas del que tantas veces había dejado sin palabra y confundidos a sus hijos, nietos, primos y paniaguados. Así que contento de ver que iban bien sus

planes, satisfecho de haber visto y hablado como superior a su enemigo, receloso de verse cogido y humillado si quería seguir su interrogatorio por terreno inexplorado, y en fin, cortado por la respuesta que le dió a él y la que dió a su alguacil, y por la seguridad y firmeza que, preso y todo, mostraba aquel Taumaturgo, que no se sabía lo que podría hacer todavía contra sus enemigos, mandó atar de nuevo al reo y llevarlo al Pontífice su yerno que en otra ala del mismo palacio le estaba aguardando con los sacerdotes, escribas y ancianos.

260. PRIMERA NEGACIÓN DE PEDRO

(J. 18, 15-18; L. 22, 54-57; Mc. 14, 54; 66-68.)

Antes que Jesús pasase a Caifás, y próximamente cuando Anás estaba preguntando a Jesús acerca de sus discípulos, uno de éstos, el principal de todos, Pedro, le estaba negando por primera vez.

La cosa sucedió de esta manera.

Aunque cuando Jesús fué preso se desbandaron los discípulos, sin embargo San Pedro y otro discípulo del Señor llegaron al palacio mezclándose sin duda con los grupos de curiosos que sin poderlo evitar se despertarían e irían juntando a la ronda de ministros que llevaba a tal preso al juicio.

No se sabe quién fué el discípulo que iba con Pedro. Según opinión de muchos fué Juan, que perseveró al lado del Maestro hasta en la cruz, y a juzgar por los rasgos y pormenores que pone en su evangelio, parece haber sido testigo presencial de todo lo que pasó en el palacio de Anás y de Caifás. Otros, sin embargo, creen que sería otro discípulo de más categoría que Juan, pues era conocido y familiar en el palacio del Pontífice, donde entraba como en su casa.

Este discípulo conocido del Pontífice no tuvo dificultad en entrar con Jesús en el palacio. Pedro, que no tenía ningún conocimiento en palacio, tuvo que quedarse con los demás curiosos en la puerta por la parte de fuera. Tienen las grandes casas o palacios de Oriente muy de ordinario, según cuentan los que las han visto, algún patio interior

espacioso, frecuentemente rodeado de algún claustro de columnas, y con puerta a la calle. El otro discípulo, cuando advirtió que su compañero Pedro se le había separado y quedaba fuera, salió de nuevo, se acercó a la portera y le rogó que permitiese la entrada a Pedro, como efectivamente lo hizo.

Naturalmente en aquella noche en que todos debían estar con ojo avizor para evitar cualquier asechanza o enredo, la portera fijábase en todo. Y, si no dijo nada cuando el otro discípulo intercedió en favor de Pedro, no por eso dejó de fijarse en éste, y seguirle todos sus movimientos.

Entró el apóstol y vió en el atrio a los criados y los ministros que sentados alrededor de un brasero se calentaban del frío, que era bastante, por ser de noche y todavía el mes de Abril, y estar en un patio descubierta, en Palestina donde baja bastante la temperatura pasado el día. Pedro por no quedarse solo fuese a sentarse con ellos para esperar a ver en qué paraba todo aquello.

No pudo contener la portera las ganas que tenía de averiguar si eran ciertas sus conjeturas de que aquel desconocido era un discípulo de Jesús, y cuando ya el otro discípulo se había ido, se le acercó y delante de todos le dijo:

«—Acaso también tú eres de los discípulos de ese hombre?»

La manera de preguntar, diciendo «también tú...» parece dar a entender que la portera sabía que el otro que lo había traído era discípulo de Jesús, y por eso decía «tú también...»

Sobrecogióse Pedro ante tan inesperada pregunta que tan pronto le dirigían y en tanto compromiso le ponía, y respondió al punto resuelta y sacudidamente:

«—No soy».

Clavó en él la criada su mirada y como afirmándose en sus sospechas le dijo:

«—También tú andabas con Jesús Nazareno».

»Mas Pedro le negó delante de todos, diciendo:—Mujer, no conozco a ese, ni sé ni entiendo lo que dices.

»Y salió fuera al anteatrío y cantó el gallo.

Pedro había ya negado al Señor por primera vez. ¡Oh! si advertido a tiempo hubiera huído de la ocasión. Pero su

corazón magnánimo no le permitía separarse de su Maestro, y quería ver el fin de todo aquello, y acaso anhelaba ser encarcelado y muerto con su Maestro, aunque cuando llegaba la ocasión desmayase el valor y la constancia.

261. JESÚS ANTE CAIFÁS

(Mc. 14, 55-64; Mt. 26, 59-66)

La visita de Anás no había tenido más objeto que el de satisfacer el capricho de aquel verdadero amo de Judea. Pero era preciso comenzar el proceso en forma.

Llevaron, pues, al reo ante Caifás. Según todas las probabilidades éste o habitaba en la misma casa de su suegro aunque en un departamento distinto de ella, o vivía en otra casa contigua y unida con ella, como solían estar muchas en Jerusalén. Caifás estaba ya esperando a Jesús en su puesto.

Quién fué Caifás? Algo dijimos de él al comenzar esta vida, pero es conveniente conocerle un poco mejor.

José Caifás, yerno de Anás, obtuvo el sumo Pontificado a los dos años de haber sido depuesto su suegro, y lo retuvo durante 18 años hasta el 36 en que fué depuesto por Vitelio, sucesor de Pilatos. Imposible que en un tiempo en que los Sumos Pontífices eran a cada paso remudados por los romanos, se hubiese sostenido tanto Caifás, si no es a fuerza de serviles abyecciones, y malas habilidades suyas y de su suegro, que encontraba en él un instrumento apto para sus manejos. En efecto, muchas veces dejó desamparados e indefensos los derechos y tradiciones de su pueblo, ante los atropellos romanos. Su política estaba bien caracterizada en aquellas palabras que dijo acerca de Jesús: Conviene que muera un hombre para que no perezca toda la nación. Conviene que no demos motivo a los romanos de esclavizarnos más y aun de destruir nuestra raza, aunque para ello tengamos que faltar a toda justicia destruyendo a un hombre, al Nazareno.

El por sí, y más aún a instigación de su suegro fué quien llevó adelante la persecución contra Jesús, y en aquel memorable consejo, cuando después de la resurrección de Lázaro se trató de lo que habría de hacerse con Jesús, tras